

ma (que tal es la que allí dice) en estanques de agua; que no solo la sacó della, sino que en ella convirtió su sequedad; porque dos veces acaeció el milagro, una en Rafidin y otra en Cades. Y pues tan natural cosa es amar los hombres sus contentos, y desechar penas y trabajos y melancolías, ¿cómo no hacen un gran caudal de paciencia para vivir siempre contentos y con descanso, pues en este convierte ella aun los trabajos mismos? Y pues son también tan amigos de su interés, ¿cómo no procuran esta virtud, que las injurias y daños de los adversarios convierte en inestimables beneficios? Destos cuenta algunos san Juan Crisóstomo sobre san Mateo, después de haber dicho, que está en nuestra mano hacer de injurias y agravios pena y dolor para el que los hace, y para nosotros provecho y gloria si sabemos tener paciencia, y al revés si no la tenemos; concluye diciendo así: No digas, deshonróme, ha usado contra mí de calunias, hízome otros muchos males y daños, porque cuanto más dijeres tanto más le publicarás por bienhechor, pues te dió ocasión de lavar tus pecados. Luego, cuanto mayores injurias y daños te hizo, tanto de mayor remisión de pecados fué autor; porque, si queremos, en nuestra mano está que nadie nos pueda injuriar, antes nos será de gran provecho los enemigos. Y ¿qué digo hombres? Qué cosa peor que el diablo? Y deste tenemos gran ocasión de provecho y de caridad, como Job lo muestra, á quien el diablo fué ocasión de tantas coronas. ¿Por qué te espanta el hombre, tu enemigo? Ruégote que mires cuánto ganas sufriendo con paciencia las insolencias de los que te quieren hacer mal. Lo primero y principal, absolución de pecados; lo segundo, paciencia y sufrimiento; lo tercero, mansedumbre y clemencia; porque quien contra sus perseguidores no sabe enojarse, mucho más será manso y fácil para los que le aman; lo cuarto, un alma sincera y libre de ira y furor, cosa que no tiene igual en la tierra; porque el que vive libre de ira, sin duda lo vive de la tristeza que della suele nacer, y así no gasta su vida en vanos trabajos y dolores; porque el que no sabe tener enemistades, tampoco sabe qué cosa son melancolías; antes goza de infinitos bienes y perpetua paz y contentamiento. Hasta aquí son palabras de san Juan Crisóstomo.

La cuarta excelencia desta virtud es que el premio y gloria que se da por la virtud se mide por la paciencia y con el trabajo padecido con ella, que la virtud trae consigo. Bien bastará para ensalzar esta virtud con nueva excelencia decir lo que atrás della se dijo, que es madre ó madrina de las virtudes; pero pasa adelante san Juan Crisóstomo en una carta que escribe á Olimpia, donde dice que se atreve á decir una cosa, que, aunque excede á la opinión de muchos, no excede á la verdad; y esta es, que aunque uno haga una obra magnífica y excelente, si la hace sin trabajo ni peligro, no llevará por ella mucho galardón; porque este se pesa conforme á la dificultad y trabajo con que la obra se hizo, pues que está escrito que cada uno llevará y recibirá el galardón, según la medida de su trabajo. Trae este santo dos ejemplos, que declaran esta doctrina: el uno es de san Pablo, que se gloria no de haber hecho milagros ni cosas grandes y convertido muchas gentes, sino del trabajo y con-

tradicion con que las hizo y que en ellas padeció. Son ministros (dice) de Cristo (hablo como menos sabio), mas lo soy yo. Y para probar esto, no dice que predicó muchos sermones ni á muchos pueblos, ni que convirtió, ni que bautizó ni que gobernó; solo comienza á contar los males que sufrió, diciendo: En muchos trabajos, en plagas sobre manera, mucho padecí de cárceles y mazmorras; cada día peligros de muerte, cinco veces fuí azotado de los judíos con el mayor rigor de la ley, tres veces fuí azotado con varas, otras tres padecí naufragio en la mar, un día natural estuve en el golfo del mar; en los caminos padecí muchos peligros de ríos y de ladrones; peligros de judíos y de gentiles, peligros en la ciudad, peligros en la soledad, peligros en la mar, peligros de falsos cristianos, padeciendo siempre hambre, sed, frío y desnudez; y sobre todo esto, que cae por de fuera, padecía el cuidado y congoja que continuamente traía en el alma por el bien de todas las iglesias. No dice el gobierno ni la corrección, sino el cuidado, congoja y solitud, y mas lo que se sigue; que todo es contar, no obras admirables, como eran las que san Pablo hacía, sino penas trabajosas y aflicciones interiores y exteriores, y destas se gloria; y acaba con que, si conviene ó tiene licencia ó necesidad de preciarse ó gloriarse, lo hará de sus flaquezas y enfermedad. Y el otro ejemplo que trae es del rey Nabucodonosor, que después de haber visto aquel famoso milagro con que Dios libró á aquellos tres mozos de su fuego, se hizo predicador del gran poder de Dios, y mandó por sus edictos públicos y generales, que nadie pusiese lengua en el Dios de Sidrac, Misac y Abdenago, so pena de muerte y perdimiento de bienes; porque solo él es todopoderoso y él solo es Dios, que tan poderosamente puede librar á los suyos. Dice ahora san Juan Crisóstomo: Este es oficio de apóstoles; ¿no veis la doctrina, las letras y provisiones repartidas á todas partes, la alteza de la predicación? Pues veamos; ¿ha de tener Nabucodonosor igual galardón que los apóstoles, pues ha predicado la virtud de Dios como ellos? No por cierto, sino mucho menor. Verdad es que el mismo oficio hizo que ellos hicieran, mas no veo en este rey trabajos ni contradicciones, sino poder y seguridad con que esta obra hizo; pero ellos con resistencias, contradicciones, con empellones, sufriendo miserias, trabajos, azotes, hambres y persecuciones, despeñados, ahogados, muriendo mil muertes cada día, sintiendo en el alma el escándalo de los nuevos y flacos, aunque no faltaban en retorno consuelos y esfuerzos del cielo; pero era necesario predicarse por este camino, porque cada uno según su trabajo ha de ser premiado. Y añade: ¿Qué es la causa que, rogando san Pablo á Dios le quitase aquel mal ángel que le fatigaba, no quiso sino esta? ¿Cómo pudiera tener ni alcanzar la gloria que ahora tiene, si aquel oficio de la predicación de las gentes le hiciera holgando y con regalo y contento? Hasta aquí son palabras de san Juan Crisóstomo.

De aquí se entiende cuán descaminados andan y engañados, no solo los que huyen los trabajos buscando vida regalada, y en buscarla la gastan toda, que eso ciego es quien no lo ve, y aun no hay ciego que no lo vea, y ellos mismos, aunque ciegos, no pueden negar-

lo, aunque no quieren dejarlo, sino aun los que tratan de servir á Dios y ser gente virtuosa y espiritual, guardando sus mandamientos, y procurando allende dellos hacer alguna obra de virtud; cuando procuran hacer este, salvo cuanto pueden su descanso y regalo, y huyendo cuanto es posible del trabajo; y así, hacen limosna de lo que no les da pena ni les ha de hacer falta, lo podrido y lo que no es de provecho, para que no les duela el darlo; oyen misa tarde, y en iglesia vecina, fresca y regada, y la mas breve misa que se puede hallar; el ayuno sin hambre ni pena, previniendo el estómago del día antes, comiendo de suerte que menos se sienta; truecan las obras penales que ó por precepto ó consejo son encomendadas, como oracion, ayuno y disciplina, en cosas que menos lo sean. Porque, si es verdad lo que san Juan Crisóstomo dice, todo esto no es sino buscar aquí por dónde lo que de suyo vale mucho, valga menos delante de Dios, pues se ha de medir su valor con lo que en ello se padece, y ellos padecen poco y lo procuran. San Ambrosio dice sobre un salmo: No es grande cosa si entonces no te desvies ni tuerzas de la ley de Dios, cuando ninguno te aflige, ninguno te persigue; porque ¿quién hay que sin ofensa sea ingrato, cuando las cosas suceden prósperamente? Quién hay que cuando anda sobrado en riquezas, cuando goza de robusta salud, se olvide de dar gracias á quien le ha hecho estos beneficios? Hasta aquí san Ambrosio. San Agustin, sobre aquellas palabras del Apóstol, *Humanum dico, etc.*, trata cómo la perfección de la virtud es el no temer, sino sufrir por ella.

Lo segundo se sigue de lo dicho que si eres casto, hermano mio, mires si lo hace eres enfermo ó viejo, y que por eso tienes poca tentación y pelea; y si no sientes el ayuno, no lo haga tu complexión; si no tienes con tu hermano enojo ni enemistad, no lo haga la falta de ocasiones, y de aquí sea menos el merecimiento. Porque si esa facilidad te nace de buena y antigua costumbre, como al religioso que peleando y sufriendo venció la mala, todo su valor se tiene la obra, en virtud de la dificultad pasada y la paciencia con que se padeció, y padeciendo se venció; y así se ha de entender san Juan Crisóstomo. Pero cuando no viene sino de tu flojedad y regalo (como está dicho), por el cual huyes el trabajo de la virtud, conviene, no solo no sacudirte del trabajo de las buenas obras, mas buscar las dificultades y ásperas y pedir las á Dios con su favor, para vencer su dificultad, y llorar y gemir cuando Dios no las envía; porque aunque Dios es tan bueno, que no aflige al hombre mas de conforme á sus fuerzas (como adelante se dirá); pero, pues estas mismas reparte Dios como es su voluntad, eso mismo has de llorar y gemir, que seas tan para poco y tan indigno, que te dé Dios tan cortamente las fuerzas y en qué emplearlas; pues esto no nace de ser Dios envidioso ni avariento de lo que tan rico es, sino de tu tibieza y flojedad, con que sabe que usarás mal de lo uno y de lo otro, y te perderás. Y por el consiguiente se sigue cuán consolado debe vivir y cuántas gracias debe dar á su Dios el que de fuertes enemigos se ve combatido interiores y exteriores, pues con el favor de Dios, el cual debe por momentos pedir y esperar con hacimiento de gracias, tiene dentro en su casa

y en su alma una tan rica mina de gloria y galardón, de donde en tan breve tiempo como el desta vida puede hacer muy gran caudal de bienaventuranza, agradando á su Dios y imitando á Jesucristo su cabeza. En confirmación de lo dicho, dice el bienaventurado san Gregorio, en los *Morales*, que los prescitos muchas veces desean lo bueno, pero vuelven á los males de su costumbre; quieren ser humildes, pero sin que los desprecien; pobres, pero sin que les falte nada; castos sin macerar la carne; pacientes sin injurias; así que cuando quieren alcanzar las virtudes huyen sus trabajos. Y estos, ¿qué otra cosa desean sino el triunfo de la guerra en las ciudades, no habiendo experimentado su trabajo en las campañas? Y san Jerónimo en las epístolas: Ojalá (dice) todo el mundo me huelle, solo porque merezca ser loado de Cristo, y juntamente el premio que él promete. Y escribiendo á Eustoquio dice: ¿Cuál de los santos fué coronado sin batalla? Solo Salomon pasó en deleites su vida, y quizá por eso cayó.

## DISCURSO IV.

De otras excelencias desta virtud.

Son tantas las excelencias con que esta virtud conviende y enamora los corazones de los hombres, que, aunque mas queramos abreviarlas y encogerlas, nos fuerzan á repartirlas en mas de un discurso, contra el intento que llevaba de no hacerlos ni largos ni dos que de una misma cosa tratasen; pero aquí la grandeza desta virtud y la fecundidad de su materia me hacen trocar intento y mudar las trazas deste libro.

Una de las mayores destas excelencias desta soberana y celestial virtud es, que sola ella es el toque del hombre virtuoso y siervo de Dios, y del que se puede llamar devoto y buen cristiano; de suerte que, aunque un hombre de sí ó de otro tenga las prendas que quisiere, no se puede prometer ni asegurar que es virtuoso, hasta que la experiencia le enseñe que es sufrido. El Sabio dice que ninguno sabe si es digno del amor y gracia de Dios, que es decirnos lo que la santa fe católica nos enseña y manda creer, que ninguna certeza podemos tener mas que humana, si estamos en gracia de Dios; lo cual ordenó nuestro Dios por traernos recatados, y con cuidado de obrar nuestra salud con temor y temblor, como el Apóstol dice; pero para nuestro consuelo y para que con alegría le sirvamos, quiso dejarnos algunas señales ó conjeturas, con que sepamos, ya que no con certeza, á lo menos con algunas vislumbres ó conjeturas si estamos en su gracia; y aunque pudiéramos decir aquí todas las que son; pero, por no ser á propósito, solo digo, que la mayor ó una de las mayores y mas ciertas es la paciencia en las adversidades y trabajos; porque, aunque un hombre sea ayunador, rezador, limosnero, recogido, compuesto y mortificado, todas estas cosas juntas no hacen tanta fe de la virtud del alma como la paciencia en un trabajo. Decia Moisés al pueblo: Hate Dios traído por el desierto cuarenta años para afligirte, y mediante la aflicción, tentarte y probarte, para descubrir todo lo que hay en el secreto de tu corazón, si guardabas ley ó no. Así se prueba la espada, cuando la doblan juntando la punta con la guarnición, si



luego torna á la primera derechura; si no, no vale nada; así se prueba el oro en el fuego, y el mismo fuego con el viento, que el pequeño con un soplo se apaga, y el grande con mucho viento se sustenta y se esfuerza mas; así se prueban en el horno los vasos de barro, que el malo se quiebra y el bueno se esfuerza; y á esto compara el Sabio la tribulacion, diciendo: Los vasos del ollero el fuego los prueba; pero á los hombres justos, cuáles los son, sola la tentacion de la tribulacion. Y de aquí es lo que san Pablo dice: Yo me glorio y me recreo con las tribulaciones, porque la tribulacion es causa de paciencia, y esta es prueba del buen cristiano, y la prueba ó probacion es causa de la esperanza, y tal esperanza que no deja burlados ni avergonzados. El ayuno, pobreza de vestidos, la mortificacion, la oracion, la limosna, la disciplina, buenas obras son y señales de hombre virtuoso y buen cristiano; pero no son tan ciertas como cuando llega el sufrimiento en las injurias y trabajos, que no puede falsarse tan fácilmente como esotras obras, y muchas veces se halla quien fácilmente y con liberalidad las obra; y estos, llegados al parecer, descubren el pelo que estaba escondido en el corazon. Sentencia es de san Juan Crisóstomo en el libro de *Sacerdocio*, cuyas palabras son: Comer, beber, cama blanda; muchas vemos dejar estas cosas sin dificultad ni trabajo; pero el daño, la fuerza, la mala palabra, la injuria no todos la pueden sufrir, sino cuál ó cuál. Y es cosa de notar que los que son en otras virtudes poderosos, en esta sean tan flacos, que con cualquiera adversidad se tornen bravos mas fácilmente, y con menos ocasion que las bestias y fieras. Hasta aquí son palabras de san Crisóstomo. Semejante sentencia pone san Gregorio, diciendo: Qué tal sea el corazon escondido, la injuria presente lo descubre.

Cosa maravillosa es ver en una ventana un papagayo las cosas que dice, lo que habla, lo que rie, lo que llora, lo que canta, con cuánto primor, con cuán buena pronunciacion, con cuánta ventaja de muchos hombres; no les falta sino ponderar á propósito: tales son sus palabras y razones, tan bien pronunciadas y con tales afectos; pero si en medio dellas le picais ó pisais el pié, súbitamente deja lo que habla, y saca la voz natural con gritos y graznidos desentonados, que es argumento que todo lo demás era estudiado y aprendido, y esto lo natural. Así acaece hablar algun hombre santas palabras y espirituales razones, mostrar profunda humildad y mortificacion, pobreza de espíritu y ardentísima caridad, y en tocándole, por poco que sea, en la honra ó hacienda, ó contento ó persona, dejar aquellas muestras de espíritu, y convertirse súbitamente á palabras coléricas, furiosas y impacientes; argumento que lo demás era postizo, fingido y estudiado, y esto lo natural y ordinario y asentado en su corazon; de manera, que aquel pequeño trabajo fué la prueba y el toque de quién era y de los quilates de su virtud y espíritu; lo cual no habia sido con certeza entendido por las demás virtudes y buenas obras, por muchas y buenas que hubiesen sido. Esto entendia bien Satanás, cuando oyendo alabar á Job por boca del mismo Dios, de sencillo, recto y temeroso de su Dios y apartado de todo mal, respondió el demonio: Ni grado ni gracias que tenga todo eso, pues vive

sin adversidad ni trabajo; si no, tocadle un poco, y veréis como con una blasfemia descubre lo que hay en el corazon, y se os atreverá á las barbas; así que, este tuvo el demonio por el principal toque del corazon. Lo mismo se colige de Tobías, á quien dice el ángel: Y porque eras acepto y amigo de Dios, fué necesario que el trabajo de tu ceguera te probase, esto es, para que fueses conocido y te conocieses. Podíasele decir á Rafael: Veamos, ángel de Dios, ¿no basta para prueba de la santidad deste siervo de Dios ser tan limosnero con vivos y muertos; tan recatado y temeroso; que el cabrito que oia en su casa balar, temia no fuese hurtado; tan medido en sus palabras, tan recto en sus obras, tan piadoso con los defuntos, á quien con tanto peligro de su persona y casa enterraba en la cautividad; tan buen padre para con su hijo, á quien tan ordinariamente predicaba y aconsejaba la virtud y religion con su Dios y caridad con los pobres? Pero con todo, le ciega (dirá el ángel), para dar á entender que todo no era bastante, hasta que tuvo paciencia en tan gran tentacion y adversidad como fué quitarle Dios la vista de los ojos en mitad de tan piadosas obras como hacia.

Y si me dijeres que hay hombres, y no pocos, que con igualdad de ánimo padecen cualquier injuria y trabajo, eso es lo que decimos, que en eso quedan diferenciados de los hipócritas, porque es el toque con que se examinan y prueban ser siervos de Dios y virtuosos con sus quilates. San Gregorio dice: Nadie puede conocer cuánto ha aprovechado sino entre las adversidades y trabajos; porque, aunque las gracias y dones se reciban en la quietud y paz del alma; pero cuánto aprovecha con ella, en sola la tribulacion se conoce. Desta doctrina, aunque podríamos poner muchos ejemplos, el mas claro y mas á propósito es el de Abraham, á quien Dios tenia por gran amigo, y le hizo muchos y muy grandes favores y mercedes; y para darle á conocer al mundo, le mandó matar su hijo con las circunstancias que bastaban á derribar un roble, cuanto mas un padre viejo como él era, cuya historia ponderaré aquí, para que se vea la gran paciencia deste gran patriarca, como la pondera Orígenes sobre el capítulo 22 del *Génesi* sobre aquellas palabras: Después destas cosas tentó Dios á Abraham, etc. Sus palabras son: Advierte cada cosa por sí, porque en cada una quien cavare hondo, á pocas azadonadas hallará tesoro; y comenzando del nombre, por qué se le haya dado Dios llamándole Abraham, él mismo lo declara, diciendo: Porque te he dado por padre de muchas gentes; la cual promesa habia de cumplirse en Isaac. Así que, le tenia Dios encendida el alma con amor de su hijo, no solo por el deseo de la decendencia, sino por la esperanza de las promesas; pero este mismo hijo, en cuya cabeza estaban puestas estas promesas tan admirables y grandes; este por quien se puso el nombre de Abraham á su padre, manda que luego se le sacrifique y ofrezca, diciendo: Toma ese tu hijo muy tiernamente amado, á quien tanto amas, Isaac. Que, aunque bastaba decir tu hijo, no se contentó sin decir muy amado. Y sobre esto, ¿para qué añade á quien amas? Pero mira el peso de la tentacion: los afectos paternos despierta Dios con los dulces y suaves nombres, una vez y otra, de una manera otra repetidos, para retirar con la memoria del amor la

y mano del padre del sacrificio del hijo, y para que así la carne hiciese mayor resistencia contra la fe de su alma. Dice pues: Toma á tu hijo carísimo, Isaac, á quien tú amas tiernamente. Sea, Señor, como tú mandas, que le llames hijo y añadas amantísimo; baste ya para tormento de su padre; pero añades luego: á quien amas; Pasa tambien esto, aunque es tres doblado el tormento. ¿Qué necesidad hay luego de nombrarle, diciendo Isaac? ¿Por ventura no sabia Abraham que su hijo único y carísimo se llamaba Isaac? Pues ¿para qué se añade á esta coyuntura este nombre? Para que se acordase Abraham que le habias dicho: En Isaac se ha de contar tu decendencia. Lo segundo, se hace memoria deste nombre de Isaac para ofrecerle, por donde desespere de las promesas que debajo deste nombre le habian sido hechas; lo cual todo se hizo así, porque tentaba Dios á Abraham. ¿Qué se sigue? Véte á lo mas alto desta tierra. Veamos: ¿no pudiera llevarle primero á esa tierra y decirle allí lo que queria? ¿Qué secreto es este? Para que en el camino, mientras le anda, por todo él fuese atormentado y despedazado su corazon de dolorosos pensamientos, cuando por una parte le apretase el mandamiento de Dios, y por otra el amor regalado de su hijo; por eso se le manda ir camino largo y subida de alto monte, para que sirva de campo desta pelea entre la fe y el aficion, el amor de Dios y el de la carne, entre el gozo del bien presente y el amor de lo porvenir. Pues ¿qué respondes, Abraham, á estas cosas? Qué tales son los pensamientos de tu corazon? Ya te ha dicho Dios palabra que examine y pruebe tu fe, ¿qué dices á ella? Qué piensas? ¿En qué te resuelves? ¿Dices por ventura: En Isaac se me hicieron las promesas; si le degüello, ¿en quién se vendrán á cumplir? Ninguna destas cosas dice, no discurre ni piensa en esto; antes obedece con sinceridad y presteza, porque madruga de mañana; apareja su asna, hace la leña, llama á su hijo; no delibera, no rehusa, no consulta con nadie el caso, antes luego toma el camino con la mano, y al tercero dia (dice el texto) llegó, etc. Dejemos agora qué misterio tenga el tercero dia; solo trato del consejo y prudencia de la tentacion. No faltaba algun monte mas cerca, pues toda era tierra alta y montuosa; pero no obstante esto, le alargan el camino de tres dias, para que en ellos los cuidados, unos idos y otros venidos, se remudasen para atormentar las entrañas paternales del viejo padre, para que por camino tan largo y prolijo mirase al hijo muchas veces, el padre comiese con él, tres noches durmiese colgado de sus brazos, apretado con sus pechos, y durmiese en su regazo; considera cuánto va creciendo la tentacion. Pues con estas razones prueba el Señor la fe y el amor de sus escogidos; la cual probada, merecen oír lo que este patriarca oyó, acabada su tentacion y trabajo: Ahora conocí que temes á Dios, porque esta es la verdadera prueba del amor y del temor, cuando todo lo que se ama con regalo y ternura se pospone á la caridad y amor de Dios. Hasta aquí son palabras de Orígenes.

En las cuales parece lo que en este capítulo ó discurso se dice; pues habiendo hecho Abraham muchas obras buenas y de gran perfeccion, dejado su tierra, obedecido en muchas cosas, y dado clara muestra de ser gran siervo de Dios y temerle y amarle, en esta quiso

Dios que se conociese y él lo conociese, que eso quiere decir, cuando dice que ahora lo conocí; no porque el Señor, que es sabiduría infinita, antes lo ignorase, sino porque en este punto y obra lo descubrió, para que todo el mundo y el mismo Abraham lo conociese, y hiciese experiencia de su amor, temor y fidelidad; que es una cosa que á los otros desengaña de falsas opiniones, y al tentado consueta y esfuerza, y despierta á servir mas á Dios y á hacerle gracias; porque, si llegado el fin de la tentacion, enflaqueció, cobra humildad, y si venció, hace gracias á quien le dió la fuerza y el vencimiento; al fin, de una manera ó de otra saca la experiencia de sí, tan provechosa de cualquier manera. Séneca introduce á Lucillo su amigo, alegrándose por haberse puesto á peligro de muerte por la lealtad de la amistad, y dice: Por mis amigos todas las cosas temia y por mí ninguna, sino solo que hubiese sido poco amigo. Nunca de mis ojos salieron lágrimas mujeriles, nunca me arrodillé rogando á nadie, nunca hice cosa indigna de hombre de bien; siempre vencí mis peligros, siempre presto á ir donde las amenazas me llevaban; agradecí á la fortuna que quisiese, mediante los trabajos, hacer de mi experiencia cuánto estimaba la fidelidad, que es cosa tan grande, que no me habia de costar poco trabajo. Hasta aquí son palabras de Séneca.

Pues si tan alegre estaba un gentil por haber hecho experiencia de su fidelidad, y alcanzado ocasion para hacerla, ¿qué ha de hacer un cristiano para alcanzar otra, en que, ó conozca su flaqueza para esforzarla, ó su fuerza para agradecerla á quien se la dió? Pues este es el oficio de la paciencia y dignidad y excelencia della.

Otras muchas se podian aquí tratar, pues san Crisóstomo dice que es el principio y raíz de todos los bienes; ella hace mártires sin sangre, pues san Juan lo fué sin ella, y este nombre le dió el Señor cuando á él y á su hermano dijo que habian de beber su cáliz. Y entre las alabanzas desta virtud no es la menor la que Tertuliano dice, que los filósofos, tan discordes en otras cosas, concuerdan en decir bien della, aunque no conocieron sino la imágen y sombra de la paciencia cristiana. Al fin no hay que gastar tiempo en recoger en un capítulo lo que de todos los deste libro podrá advertir el prudente y atento lector.

## DISCURSO V.

De las condiciones que ha de tener la paciencia cristiana.

Porque no se engañe nadie con la apariencia de cualquier sufrimiento en su trabajo, pensando que ya tiene esta virtud, será bien poner aquí sus condiciones, para que por ellas la examine el que la hubiere menester, para que saque della el fruto que se promete á quien la tiene, y no se engañe con la apariencia de virtud; para lo cual, en el párrafo segundo deste discurso se pondrá pintada con sus figuras y colores, como la pinta Tertuliano, y en este primero algunas de sus condiciones que pone el apóstol san Pablo, hablando con los de Corinto, donde dice estas palabras: Hermanos, en todas las cosas nos ofrezcamos y entreguemos como oficiales, siervos y ministros de Dios, con mucha paciencia en los trabajos, en las angustias, en las heridas, en las



cárceles, en la hambre y sed, en el frío y desnudez, etc. Cada palabra tiene su misterio. La primera dice que en todas las cosas tengamos paciencia, que es la primera condicion; que el ánimo esté presto y aparejado para sufrir todo lo que se ofreciere de adversidad y trabajo; que no es paciencia cristiana sufrir y padecer solo lo que queremos, y lo que no nos está bien no sufrirlo; porque esa es señal que no lo sufres, hermano, por Dios y por la vida eterna, sino por tu gusto y voluntad. Con este argumento prueba Santiago en su canónica, que el que quebranta uno de los mandamientos de Dios, le pueden convencer que no guarda ninguno; en lo cual no quiere decir que el deshonesto luego sea por el mismo caso ladrón, y el homicida luego adúltero, y el gloton luego blasfemo; antes hay pecados tan contrarios, que huyen el uno del otro como el pródigo del avariento, y así otros semejantes; sino dice que le podrán convencer de los demás en este sentido, que si es ladrón y no adúltero, no lo deja de ser, porque Dios le manda que no lo sea, sino por su inclinación ó gusto, que lo fué de ser lo uno y no lo otro; que si la misma ocasión y deleite se le ofreciera para ser adúltero que para ser ladrón se le ofreció, también lo fuera. Y prueba esto el Apóstol, porque el que te mandó que no adulterases, ese mismo te mandó que no hurtases; quiere decir, si el no adulterar es por hacer la voluntad del que hizo la ley, también lo es no hurtar. Luego si esto no dejaste, no dejas esotro por su gusto, sino por el tuyo. El mismo argumento hacen los teólogos para probar que el hereje, aunque no descrea mas que un artículo de fe, no le queda fe divina y infusa de los demás (que es buen ejemplo para declarar á Santiago y lo que vamos diciendo), porque la sustancia y ser de la fe católica que profesamos es creer lo que la Iglesia nos enseña, por solo que Dios lo dijo. Y pues aquella verdad que el hereje niega, la dijo Dios como las demás, señal es que si las otras creyera, porque Dios las dice, que esta también que niega creyera, pues también la dijo Dios; y pues esta no cree, argumento es que las demás cree por su humor ó gusto, ó por otras razones que no son Dios; y así, no tiene dellas fe cristiana, sino adquisita ó de otra condicion y calidad. Desta manera es el discurso ó argumento del apóstol Santiago. Semejante es el de la paciencia cristiana, que consiste en padecer por el amor de Dios y de la vida eterna; y si tú padeces de buena gana la enfermedad y la melancolía, y no puedes sufrir la pérdida de la hacienda, y si esta sufres y no puedes con una injuria, señal es que eso que sufres y padeces, no lo sufres por Dios (pues Dios quiere que lo sufras todo), sino por solo tu parecer ó particular humor, que sientes mas unas cosas que otras ó por otro propio interese. No es esa paciencia cristiana, cuya primera condicion es que se extienda á todo trabajo y adversidad, cuyo vivo ejemplo fué la paciencia de Job, que con un ánimo y semblante sufrió tan diversos golpes del enemigo, la repentina muerte de todos sus hijos, la pérdida de su hacienda, la ruina de las casas, el fuego que abrasó los ganados, la miseria y asco de la enfermedad, las injurias de los amigos y las befas de la mujer. Pues no es menos la del apóstol san Pablo, que cuenta tanta variedad de sus trabajos, cárceles, peli-

gros, naufragios, traiciones, robos, azotes y persecuciones, dando á entender ser general y nunca vencida paciencia en todos ellos, y para los que por el nombre de Dios le sucediesen, como parece en el espíritu con que respondió á la profecía de Agabo, que atándose con la cinta de san Pablo piés y manos, dijo que al dueño de aquella cinta habian de atar así en Jerusalem los judíos y entregar á los gentiles, que así lo decia el Espíritu Santo; por lo cual rogaban los cristianos á san Pablo que no fuese á Jerusalem, y él respondió: ¿Qué haceis con vuestras lágrimas, que me quebrais el corazón? Que yo aparejado estoy, no solo á dejarme atar y encadenar, pero á morir por el nombre de Cristo. A los trabajos todos desafia en la carta que escribe á los romanos, diciendo que ninguno dellos será bastante á hacerle perder pié en la caridad y amor de Jesucristo; pues ese mismo nos aconseja aquí que en todas las cosas tengamos paciencia para tenerla buena.

La segunda condicion es que ofrezcamos y entreguemos, no solo las palabras, sino también las personas y el corazón, cuando dice (á nosotros mismos) que no mostremos solo en la lengua la paciencia, sino que en toda la persona interior y exteriormente respandezca, que es lo que en otra parte dijo el Apóstol por otras palabras: Vestíos y ataviáos como escogidos de Dios, santos y amados suyos, de unas entrañas de misericordia, de benignidad, de humildad, de modestia, de paciencia, sufriendoos unos á otros, y mostrándoos señores de vosotros mismos, perdonándoos las quejas que tuviéredes unos de otros, como el Señor á vosotros os ha perdonado. Todas estas virtudes dice que traigamos vestidas, que, como los vestidos, se parezcan y cubran todo el cuerpo; y á la posture, como cerradera ó sobrero, la paciencia; que andemos todos vestidos della, no solo la lengua, que es muy fácil hablar palabras de sufrimiento, sino toda la persona, la cual anda presta y diestra en el padecer, como la lengua en hablar della. La paciencia de solas palabras no es verdadera paciencia; cuando por no tener posibilidad ó no poder por entonces mas, guardas la impaciencia ó venganza para otro tiempo de mas comodidad, y por entonces calla, sufre, publica, y aun predica paciencia; como hizo Esaú cuando dijo: «Vendrán los días de las lágrimas y lutos de mi padre, y mataré á mi hermano Jacob.» La buena es la que dice san Gregorio. La buena paciencia es aquella que ama lo que sufre; lo demás no es paciencia, sino un velo del furor escondido; de quien habla Salomon, diciendo: El impaciente con la pasión hace locuras; pero el hombre prudente, al parecer, y el sagaz y redomado, que es el que disimula y la guarda, como dicen, es peor, porque es aborrecible; que el primero, de sus locuras se rien, y luego se acaba todo. Así que, no solo en la lengua y mansas razones ha de parecer la paciencia, sino en el corazón; y no solo en este, sino en palabras y muestras de fuera; en los ojos, en la boca, en las manos, en las obras; vistiéndonos desta librea, como criados de la casa de quien siempre anduvo vestido della y á su costa nos vistió. Dice aun mas, ofrezcamos á nosotros mismos, que es á nuestras personas propias, y no solo á las de los otros, que hay algunos que fácilmente predicán y persuaden la paciencia á los cristia-

nos, y les ponen en ella, pero no la tienen ellos en sus trabajos; que es lo que el refrán dice y reprehende: buenos consejos solemos dar á los enfermos cuando estamos sanos. No quiere san Pablo eso solo, aunque eso es bueno; sino que á nosotros mismos nos apercebamos y entreguemos, para cuando la ocasión nos pidiere y nos llamare.

La tercera condicion es que la paciencia sea mucha. Con mucha paciencia, dice el Apóstol; porque los trabajos desta vida son muchos y muy prolijos y pesados; que hay algunos que en el discurso de un trabajo, aunque al principio comienzan bien á sufrir, se cansan presto y comienza su impaciencia antes que el trabajo se acabe; cuyo lenguaje es, que se les acaba la paciencia. Por eso dice el Apóstol que la paciencia sea mucha, no para un trabajo solo, sino para muchos; no para la mitad del trabajo, sino para todo, dure lo que durare, ni para solo un día ni un mes, sino para mientras la vida durare, que es un mar de trabajos; por eso dice que hagamos una grande provision de paciencia, no aguardando á pedirla ni buscarla al punto de la adversidad, sino que se tenga mucho de respecto para lo que sucediere y para el tiempo que durare la necesidad della: así la tenia Job, que después de tantos y tan largos trabajos aun le sobraba paciencia, pues decía: «Aunque Dios me mate, tengo de esperar en él;» como quien dice: Paciencia me queda para cuanto me puede venir de trabajos. Esta virtud, así ganada, se llama longanimidad, cuando para mucho tiempo y muchos trabajos y muy prolijos tenemos con mucha oración y larga y profunda consideración apercebida provision, y hecho, como dicen, el año de paciencia; parecida á aquella paciencia de Dios, de quien san Ambrosio dice: La paciencia copiosa, que tantos y tan grandes pecadores sufre sin castigarlos luego, esta es longanimidad, que no es virtud de una hora sola, sino esperada por muy largos tiempos. Cuando llega el siervo de Dios á tener esta virtud, su lenguaje es en cualquier trabajo, venga lo que viniere, dure lo que quisiere el que lo envia, que después de la tempestad dará serenidad, después de las tinieblas espero su santa luz. Dará Dios también fin á estos trabajos. Otros no desean el fin dellos, otros piden á su Dios que no le tengan los suyos; y cuando parece descuidarse en enviarlos, se lo acuerdan. ¡Bienaventurado estado, que tal granero tiene para sustento de su alma! Tal era el Apóstol cuando decía en mucha paciencia que hay muchos trabajos, que hay necesidades, angustias, cárceles, hambre y sed, frío y desnudez, agravios, injurias y persecuciones.

La cuarta condicion es, que la paciencia sea mucha, como siervos de Dios. Con mucha paciencia, dice (como siervos de Dios y ministros suyos), porque los siervos del mundo y del demonio ninguna paciencia tienen, sino para vanidad los unos y para pecados y maldades los otros. Mucha paciencia tiene el marinero y los que pasan el mar á traer el oro y perlas de las Indias; mucha tiene uno que trae un largo y porfiado pleito; mucha un pretendiente en la corte, y mucha mas tiene el que sirve de día y de noche á un señor muchos años; sufre de grandes necesidades y muchas injurias y desagradecimientos; pero estos sufren por cosas terrenas y temporales, que son vanas y presto se acaban. Mucho sufre un

seusual, que el mundo en su lenguaje llama enamorado, y mucho una mujer adúltera y otros pecadores por su contento; pero estos sufren como ministros y siervos del demonio y del pecado, como los primeros sufren como siervos del mundo vano; pero la verdadera paciencia es sufrir mucho como siervos de Dios; lo cual se echa de ver en que los siervos del demonio, mundo y carne, cuando cesa el interés que el que padece pretendia, por poco que sea, no tiene una ni otra paciencia; lo cual parece en los que la *Sabiduría* dice que de verse tan impacientes en los trabajos los que adoraban los ídolos, entendian claramente que aquellos eran falsos dioses; pero los que sirven á Dios verdadero padecen sin interés solo por servirle. Y eso quiere decir el Apóstol cuando dice: Como ministros y siervos de Dios, que le sirven y padecen sin interés solo por le servir y agradar.

La quinta condicion nace de las dos pasadas, y es que la mucha paciencia se tenga, como siervos de Dios, en otro sentido, que es sufrir aun sin culpa, con que está en su punto esta virtud; porque, como en su *Canónica* dice el apóstol san Pedro: No estéis solo dispuestos á padecer como padecen los malhechores, maldicientes y los ladrones, que eso no es mucho; pues el mismo delito está predicando paciencia y persuadiéndola, ¿por qué no la habeis de tener en el trabajo que vos merecistes y quisistes? Pero cuando por bueno y cristiano padecéis, no os confundais ni avergonceis; antes dad mil gracias á Dios por solo el padecer sin culpa por su amor; porque estamos en tiempo que las aflicciones y trabajos han de comenzar de la casa de Dios; esto es, de sus siervos; para que todos entiendan que, si esto pasa en sus amigos, ¿en qué pararán los que no creen á su Evangelio? Y si el justo apenas se salvará (como la Escritura dice), ¿dónde osará parecer el malo y pecador? Y en otra parte dice el mismo apóstol: Los esclavos sed obedientes á vuestros amos, no solo á los buenos y suaves, sino á los duros y ásperos y mal acondicionados, porque esto es lo que á Dios agrada; el sufrir las molestias por lo que Dios sabe que no teneis culpa, cuando sufris penas y castigos sin justicia; porque, ¿qué mucho si padecéis con culpa los castigos della? Pero si por hacer bien sufris, esto es lo que Dios estima y tiene en mucho; porque en esto consiste la cristiandad y esta es nuestra vocación, seguir á Cristo, el cual padeció por nosotros, dejándonos dechado y ejemplo para que sigais sus pisadas en el padecer, y como él padeció, que fué lo primero, sin culpa suya; porque ni él hizo pecado ni en su boca se halló mentira ni engaño. Lo segundo con gran paciencia y mansedumbre; maldecíanle y no maldecia él, padecía injurias y tormentos, y no amenazaba á nadie ni se la juraba; antes se entregaba de voluntad al juez que injustamente le juzgaba y condenaba. Hasta aquí son palabras del apóstol san Pedro, en que se muestran bien las gracias que acerca de Dios gana el que sin culpa padece á ejemplo de su maestro y señor; para lo cual es necesario mucho caudal de paciencia, mas que para padecer con culpa; pues cuando esta hay, la conciencia della reprime la ira en el padecer; pero cuando sin ella se padece, necesario es poner los ojos en Jesucristo, que padeció por las nuestras, de cuyo so-



berano caudal nos ha de venir nuestra paciencia á los que, como siervos y ministros suyos, nos disponemos á padecer, á su imitación, tantos y tan grandes males como en esta miserable vida se padecen, y muchas veces sin culpa, antes en retorno de bien hacer.

## §. II.

De las condiciones de la paciencia cristiana, segun la pintura de Tertuliano.

Aunque san Pablo en el discurso pasado nos haya dicho lo principal de las condiciones desta virtud, será bien poner aquí las demás como en una imágen, para examinar en ella nuestra paciencia, cuando nos pareciere que la tenemos ó quisiéremos tenerla en su perfeccion; la cual nos pinta el gran Tertuliano, diciendo que el verdadero retrato de la paciencia es este que se sigue. Dice que tiene el semblante sosegado y gracioso, la frente pura y lisa sin arruga de tristeza ni enojo, las cejas remisas igualmente, con una alegre postura, los ojos bajos, no por infelicidad, sino por modestia y humildad, la boca cerrada por causa de honorífico silencio, el color como de aquellos que están con inocencia seguros y sin culpa; mueve la cabeza á menudo contra el diablo, la risa que amenaza, el vestido á los pechos es blanco, muy justo y apretado al cuerpo, como quien nunca se ha de hinchar ni inquietar, porque su asiento tiene en el trono de aquel mansuetísimo y suavísimo espíritu, que ni se alborota con torbellinos ni con nublados se escurece; antes sereno y sencillo goza de una blanda serenidad, el cual vió Elías la tercera vez; porque donde Dios se halla, allí está con él su amiga la paciencia. Pues cuando su espíritu deciende, allí viene siempre de la paciencia, sin faltarle, acompañado. Si nosotros le admitiésemos con el espíritu, morará siempre con nosotros, antes no aseguro que durará mucho sin su compañera y ministra. Necesario es que siempre, y en todo lugar, haya combate, y él no podrá solo sufrir todo lo adverso, si carece del instrumento para sufrir. Hasta aquí son palabras de Tertuliano. Son sin duda necesarias las condiciones que en ellas pone al que desea ser verdadero paciente. Lo primero conviene que tenga el rostro sosegado y agradable, que es decir, que tenga el corazón libre de dolor y enojo contra el que le hace la injuria; porque por la vecindad y correspondencia que el rostro tiene con la imaginativa, de la mudanza que en él hay se conocen claramente las pasiones del corazón, como por el pulso se conocen las enfermedades y pasiones del alma; de donde dijo el otro que era dificultoso disimular y no publicar en el rostro el crimen secreto y escondido en el alma. La lisura de la frente es, que tenga fortaleza en su ánimo, sin dejarse vencer de alguna pasión, cuyo principio está en el corazón, y sus señales parecen en el asiento de la vergüenza, que es la frente. De ahí dice el Profeta: Yo te he dado una frente mas dura que las frentes dellos, esto es fortaleza. Las cejas en igualdad significan que aun la paciencia ha de llegar á la prosperidad, en la cual no se engría el hombre ni se levante en soberbia, porque las cejas, cuando esta hay, se levantan y desigualan; de donde viene en latín á tener la soberbia nombre de supercilio. Los ojos bajos, él se declara que son la humildad, porque la so-

berbia, cuya contraria es la humildad, es la madre de la ira, que turba al hombre y le alborota, principalmente cerca del corazón, cuyos pregoneros son los ojos; porque en ellos se declara la turbacion del corazón cuando la hay en él. La boca cerrada no dice otra cosa sino que el injuriado, no solo con las manos, mas ni con la lengua, se debe vengar del que le injurió, como el salmo dice: Yo me determiné de guardar mis caminos no pecando con mi lengua; puse un candado á mi boca, y puertas que la cerrasen al rededor. Y luego dice que de palabras, aun de las buenas, se guardó, que es un consejo muy santo y muy propio de la cristiana paciencia; porque tiempos hay que consejos, alabanzas y otras buenas razones no son sanas; lo cual decia David de aquel trabajo en que se vió cuando Semei le maldecia y deshonoraba; porque muchas veces con cualquier palabra, aunque sea buena, de solo abrir la boca, se enciende mas la ira del injuriador, y se abre la puerta á mas y mayores pecados. El color, cual allí le pinta, significa la inocencia, que no está amarilla de temor, ni de vergüenza colorada, de haber cometido algun delito. El movimiento de la cabeza contra el diablo es causado de la memoria, de los engaños y astucias suyas, segun aquello que san Pedro dice: Vuestro adversario el diablo, como leon bramando, busca por todos lados á quien tragar; y así, mueve la cabeza para sacudir sus engaños, porque no seamos ofendidos y engañados dellos; que el entendimiento reside mas principalmente en la cabeza, tomando de allí las especies y instrumentos para sus obras, y allí es necesario acudir para no ser ilusos y engañados. La risa significa la alegría con que despedimos sus engaños, y la tristeza, de la cual suelen venir muchos daños cuando della se deja un hombre vencer; y así, es buen consejo y propio desta virtud, mostrarnos siempre alegres, dando á entender la poca impresion que en nosotros hacen las injurias y otras aflicciones y trabajos. Finalmente, el vestido blanco al pecho significa que el verdadero paciente conviene vivir sin mancha y apretado, porque no se deje hinchar de viento ni cosas vanas del mundo por alguna prosperidad ó buena fortuna, ni inquietar su corazón por alguna adversidad que le sobrevenga, mas antes estar firme y constante para toda fortuna, mala ó buena que le suceda.

De aquí dice santo Tomás que son necesarias dos cosas en las tribulaciones. Paciencia para no perder la fe, y alegría porque no nos derribe la tristeza; y así, san Pablo en una parte decia: Sed sufridos y pacientes en las tribulaciones; y en otra decia: Estoy muy alegre en mis tribulaciones por vosotros. Y Cristo en el Evangelio, en unas amonestaba á paciencia y en otras á alegría. Alegráos cuando os aborrecen los hombres, cuando os descomulgaren, cuando os desterraren, etc. Y así la hacian ellos, que Santiago lo aconseja: Cuando cayéredes en grandes y varias tentaciones, tenedlo por gran ocasion de gozo. Y san Pablo dice á los hebreos: Con alegría recibistes el robo que os hicieron de vuestros bienes. Y al fin todos los apóstoles iban alegres y gozosos por verse dignos de padecer deshonras y afrentas por el nombre de Jesús, señor y maestro suyo. Estas condiciones de la paciencia iba pintando despacio Prudencio en estos versos:

*Ectē modesta gravi stabat patientia vultu,  
Per medias immota acies, variosque tumulus,  
Vulneraque, et rigidis vitata pervia pilis  
Spectabat desixa oculos, et lenta manebat.*

Donde parece pintada la modestia, gravedad y sosiego y otras partes de la paciencia. El espíritu donde dice Tertuliano que la paciencia mora, es el Espíritu Santo, á quien Elías vió la tercera vez en la transfiguracion, donde se trataba de la pasión y cruz del hijo de Dios, que sufrió con ejemplo de paciencia increíble, al cual habia visto antes dos veces. Una cuando mostró á su criado la nubecilla pequeña; la segunda cuando en una nube de fuego fué arrebatado al cielo; la tercera en la transfiguracion, cuando se oyó la voz de la nube, y que ella es el instrumento del padecer, porque no podrá el hombre, sin él, sufrir las injurias y adversidades que continuamente se ofrecen.

## DISCURSO VI.

Que la verdadera paciencia es don de Dios.

De las excelencias desta virtud se colige claramente que no es ella cosa de nuestras fuerzas ni cosecha, sino don del cielo nacido de aquellas manos y entrañas piadosas de donde mana todo bien, como dice Santiago en su *Canónica*; que todo bien excelente y perfecto viene de arriba, del Padre de la luz. Y san Juan Bautista, hablando generalmente deste y los demás bienes, decia á los que le vinieron con la chisme, que Cristo bautizaba y hacia gente. No os mateis, que de arriba le viene, que nadie pudo ni puede tener cosa buena sino es por ese camino. Y así, siendo esta virtud tan excelente, como queda arriba dicho, no puede nacer de nuestra miserable cosecha, sino del mismo Dios, fuente de todos los bienes, que la obra en nosotros sin merecerlo. Así lo advirtió san Pablo á los filipenses: Hermanos, advertid que se os ha hecho del cielo una merced por los méritos de Cristo, no solo que creais, sino tambien que padezcáis por él. Lo cual agradeciendo David, decia á su alma: Alma mía, humillate á tu Dios y sírvele; porque la paciencia que en tus trabajos tienes, de su mano te viene. Y de aquí entiende Teofilacto aquella palabra de san Pablo: El Dios de toda paciencia y consolacion os dé que en paz, sin altercaciones ni desensiones, tengais un mismo sentido y parecer. Dice el Dios de la paciencia y consuelo, porque solo él la da y reparte, etc.

Pero no deja de haber algunos, no solo los muy inconsiderados, sino otros muchos, que de ver á los pecadores y facinorosos padecer por sus deleites, y á los mundanos por sus vanidades, muchos trabajos y tormentos de voluntad, coligen que la paciencia nace della y del libre albedrío; porque dicen que si el mundano y el pecador tiene fortaleza para sufrir y paciencia para perseverar en trabajos y en tormentos de justicias por escapar la muerte debida á los delitos que niegan, ¿por qué el justo no tendrá tambien esa misma fortaleza y paciencia para defender la virtud y la verdad? Dice á esto san Agustín que estas son razones de los abundantes, que dice el salmo, que piensan que todo el bien les sobra, sin que tengan necesidad de pedir á Dios; y que la paciencia cristiana es paciencia de pobres, como

el salmista dice en otra parte. Y para declaracion desto dice que, así como el apóstol Santiago pone dos maneras de sabiduría, una que es terrena, animal y diabólica, y que esta no deciende de arriba, sino la otra, que es celestial, espiritual y divina, así es la paciencia en estas dos maneras. La falsa, que es terrena, animal y diabólica, y esta no baja del cielo; pero la verdadera que es celestial, espiritual y divina, de allá ha de bajar por fuerza. Así que, la de los mundanos, pecadores y sensuales, cuando muestran aquella dureza y pertinacia en padecer, no es don de Dios, sino instrumento del demonio; y no es otra cosa sino la codicia y amor propio que sufre, por haber lo que desea y por huir lo que aborrece, muchos trabajos, cuales vemos sufrir á los amadores del mundo y de sus propios intereses y deleites; lo cual ni es virtud ni tiene que ver con ella, ni don de Dios, ni de ahí se saca que aquel esfuerzo lo podrá emplear en cosa buena; porque la enfermedad de la naturaleza y el propio amor da aquella fuerza á la codicia de las cosas del mundo que dél sale; y así, cuanto mayor y peor es la tal codicia y el tal amor, tanto mas crece la pertinacia en el sufrir.

Pero la paciencia de que aquí hablamos, que es la verdadera paciencia, nace de la caridad, y así no anda sin ella; de quien san Pablo dice que todo lo sufre, y que es paciente y sufrida; que es decir que en todo lo que con paciencia se sufre entra la caridad; antes la tal paciencia sale della, porque todo se sufre mientras la hay. De aquí es lo que en su lugar veremos, que uno de los mayores remedios contra la impaciencia en los trabajos es procurar el amor de Dios, porque, como fuente de donde nace la paciencia, con él se va y con él se viene, no solo por ser virtud, que eso es comun á todas las virtudes; pero segun su naturaleza, depende de la caridad; porque, así como por tener la fe su razon formal, sin dependencia de la caridad en razon de fe, aunque no en razon de virtud; por eso puede hallarse y se halla en los pecadores, segun nos enseña la fe, y pone casa aparte de la caridad, pues ella pertenece al entendimiento, y la caridad á sola la voluntad. Así, por la contraria razon, la paciencia no se puede hallar sin caridad, porque nace della, y della depende su fin y su razon formal; porque para ser paciencia cristiana se requiere que por amor de Dios, que es la caridad, padezca todos los trabajos y la pérdida de todo lo criado, y en faltando esta caridad falta esta virtud, sin poder volver hasta que ella vuelva; y si estando en pecado experimentares la paciencia y sufrimiento en algunos trabajos, aunque te parezca que es por amor de Dios, puedes engañarte, y te engañas de hecho, pues amor de Dios y pecado mortal, que claramente experimentas, no pueden ni por un instante morar juntos en un alma; y así, la paciencia que sientes, ni es virtud, ni meritoria ni verdadera naturaleza de paciencia cristiana, porque esta ha de ser, para serlo, infusa del cielo; pero la que tienes en pecado será adquisita (que llama el teólogo); no mala, sino buena y loable, pues excusa de nuevos pecados, como el Sabio dice; y tiene otras loables condiciones, aunque para merecer el cielo por ella no lo sea.

Será tambien esta don de Dios; lo cual se sigue de lo



dicho, porque, como ella sea buena, no puede hallarse sin Dios en nuestra naturaleza después del pecado; y así lo dice san Agustín, poniendo ejemplo en un cismático, que, perseverando en su cisma, se le ofreciese un tirano que le hiciese negar á Cristo, y en esta demanda sufriese hambres, cárceles y tormentos, solo á fin de no ir al infierno. Dice este santo que esta paciencia es loable, pues no se puede decir que sería mejor negar á Cristo por escapar estas cosas; y que, cuando menos, pues no lo aprovecha para el cielo, según aquello de san Pablo: Si entregare mi cuerpo para ser abrasado y no tengo caridad, no me aprovecha nada; entiende para la gloria; aprovecharle ha empero para tener menos pena en los infiernos y menor rigor el día del juicio. Y lo segundo, dice que aquella paciencia es don de Dios, que es buena; pero que, como hay hijos legítimos y hijos espurios, los primeros llevan lo mejor y la heredad, así á los segundos les cabe algo de lo que sobra; que fueron significados unos y otros por Isaac, y los demás á quien Abraham repartió dones, hijos de las concubinas, y los apartó de Isaac; así los hijos de Cristo y de la Iglesia, que son los que tienen la fe con caridad y son legítimos herederos del cielo, estos llevarán los mejores bienes y la heredad de su padre; y los judíos, herejes, cismáticos y malos, reciben dones también, pero diferentes, y se comparan á los hijos espurios de las concubinas. Toda esta doctrina y la deste discurso es doctrina del bienaventurado doctor san Agustín, de la cual sacamos en limpio que la paciencia (así como la misma caridad de donde nace) es don de Dios, y aunque la del mundano y pecador nazca de su voluntad y crezca del deleite terreno y se endurezca con la fuerza de la costumbre; pero la caridad, como dice san Pablo, nos infunde Dios en los corazones por el Espíritu Santo, que se nos da. Y así, dice san Juan en su *Canónica*: Hermanos, no queráis amar al mundo ni las cosas que hay en él, porque todo lo que hay en el mundo, ó es amor de carne ó amor y deseo de riquezas ó soberbia y ambición de la vida, la cual no es de Dios, sino del mundo; por el cual entiende el hombre ó la voluntad mundana. Pues el que dijere que la paciencia no es de Dios, señal es que tiene para sus trabajos puesta la confianza en el hombre; y así, incurrirá en la maldición del Profeta, que dice: Maldito el hombre que confía en el hombre. Estos son los que san Agustín dice que de hartos, abundantes y lozanos, no piensan que han menester á Dios; pero el que atentamente leyere este discurso, hallará que de Dios ha de venir la paciencia en sus trabajos, para salir dellos sin lesión y con provecho, y de allí nacerá procurar de agradarle, pues tan ordinaria tiene la necesidad del socorro de su paciencia para tantos y tan ordinarios trabajos, que por su nombre y por su mandado se han de sufrir; y de ahí será también el temor de ofender á tan poderosa majestad; y por eso decía bien David á su alma: Alma, calla á Dios; solamente le sirve y agrada; porque la paciencia, de que tienes necesidad cada hora, de su mano te ha de venir.

## DISCURSO VII.

Del vicio de la impaciencia.

Para que mas claro se vea cuánto bien es la paciencia,

bien será tratar brevemente cuán gran mal es su contraria la impaciencia, no solo porque (como el filósofo dice) los contrarios puestos uno cabe otro salen mas con sus calidades y condiciones, como lo blanco puesto delante de lo negro y lo frio junto al calor; de donde entienden algunos aquellas palabras de Job, que dice de los condenados que pasarán de las aguas de la nieve al calor intolerable, y que este será su ejercicio, para significar cuán excesivamente atormentarán allí estas dos calidades, frio y calor; no solo digo por esta razón, sino porque el que pierde en el trabajo la paciencia, ó no la tiene, comunmente ha de dar en el otro extremo de impaciencia; y así, sabiendo cuán grande mal es este, y ayudado del pensamiento de las virtudes y excelencias de la paciencia dichas, y de las que quedan por decir en este libro, procure valerse della y de no dar en tan grande mal como la impaciencia. La cual, cuando no tuviera otro sino ser el demonio su inventor primero, bastaba para entender cuánto mal es; así como al contrario decía san Agustín que la primera loa de la paciencia es tenella Dios. Y atrás decíamos que es don y beneficio suyo, y él mismo por el consiguiente, el inventor y dador della. Pero lo peor que la impaciencia tiene, es haber sido causa y principio de todos los pecados, y especialmente del primero, que los ángeles y los hombres hicieron, que por esta razón ha de ser á Dios señaladamente aborrecible.

Para entender esto, es necesario suponer que los inventores de las cosas buenas ó malas suelen ser mas particularmente y con mas favores y ventajas premiados, ó con mas rigor castigados en todo género de repúblicas, como parece en las artes mecánicas, que cuando algun oficial inventa alguna cosa útil y provechosa para la república, es della premiado y con muchos privilegios favorecido; y es muy justo que la república favorezca y anime con particulares favores al que particularmente la sirve, porque la virtud quede premiada y los demás animados á servirla; y por el contrario, el que en general ó en particular es causa de algun daño en la república, es particularmente y con mas rigor castigado; y aun en el daño particular de alguna pendencia ó quistion, es mas cargado el agresor, como inventor y despertador de aquel escándalo; lo cual es también muy justo, porque los delitos se castiguen y á los delincuentes sea el castigo escarmiento, y á los demás ejemplo de no ser causa de tan grande y perjudicial daño, como es el de una entera república. Pero mas claro parece esto en Dios, en quien resplandece mas, y sin paño reduce la justicia y el poder para ejecutarla; el cual á los inventores de cosas santas, religiosas y virtuosas, suele premiar con particular gloria y honra. Comenzó á mostrar esto en Aminadab, por haber sido el que primero tuvo ánimo para entrar en el mar Bermejo al tiempo que todos temian de entrar por las calles que Dios les habia abierto. Y por eso dicen los hebreos que eligió Dios al tribu de Judá para el reino de su pueblo. Pues á los que inventaron las religiones, donde él se sirve con tanta limpieza y santidad y con tanto artificio y primor, tiene Dios coronados en el cielo con particular gloria, por haber san Francisco y santo Domingo y san Agustín haber inventado sus órdenes, y así hace á los demás

que comenzaren alguna obra santa, y fueren causa que otros la lleven adelante. Por el consiguiente, los que han sido inventores de pecados y nuevas maneras y ocasiones de ofenderle, tienen particulares castigos señalados; como que todos aquellos pecados que por su causa se hacen, son á cargo y caen sobre las cuevas del que las inventó, y el mismo enojo que Dios con él tiene, le queda contra la mesma invencion. De donde viene san Agustín á decir que Arrio no tiene en el infierno aun toda la pena que ha de tener hasta que se acabe el mundo, y todo el mal que ha de causar aquella mala semilla que en el mundo dejó sembrada; y lo mismo podemos decir del perverso Lutero y de otros herejarcas, y de los inventores de las leyes del duelo, y otras cosas que son y han sido ocasion de ofensas de Dios, como dice el apóstol san Pedro en su *Canónica*. Los que introducen sectas perniciosas granjean para sí apriesa la perdicion, y su condenacion no duerme. Aunque no con esto quedan excusados, los que después los imitan usando de semejantes invenciones, antes Dios quiere que aun en esta vida entiendan los hombres cuánto se enoja de los semejantes, y que, como su pecado fué ejemplo malo de culpas, así su castigo lo sea de que Dios lo castigará en todos. No faltan ejemplos desto en las divinas letras: uno dellos es de uno que hallaron haciendo leña ó cogiendo astillas en sábado, que fué mandado apedrear, siendo tan ligero pecado, solo porque fué el primero que quebrantó el mandamiento de la observancia del sábado después que se puso. También fué riguroso castigo el de Ananías y Safira, su mujer, por haber reservado y escondido para sí parte de su hacienda al tiempo que se convirtieron, porque fueron los primeros que introdujeron propiedad. Aunque san Gregorio dice que habian hecho voto de pobreza, y por haberle por ese hecho quebrantado, fueron con muerte repentina castigados. Pero, aunque sea así, ¿cuántos quebrantan votos y aun de pobreza? Cuántos no perseveran en el estado que profesaron de religion, con daño de sus conciencias y ofensa de Dios? Y no son luego castigados, sino por ser los primeros en este pecado; como los que ofrecieron fuego ajeno en el altar contra la ley, fueron abrasados con fuego del Señor, y muertos allí delante de su presencia; y esto da á entender cuando les sentencia, diciendo: ¿Por qué hiciste este pecado? etc. Por esta razón se dice particularmente de Cristo en el salmo que ha de quebrantar las cabezas de muchos, que son los que con doctrina ó ejemplos enseñan á pecar. Y en otro salmo pide David justicia y venganza contra los que dicen: Destruíla hasta los fundamentos. Y san Pedro, hablando del pecado principal de Judas, dice que fué capitán y caudillo de los que prendieron á Jesús; que todo es descubrir la gravedad del pecado de los que son causa que otros pequen.

Pues á esta cuenta el vicio de la impaciencia ha de ser á Dios muy aborrecible, por haber sido causa del primer pecado que el hombre lizo y aun del de los ángeles; porque Lucifer, por no poder ó no querer sufrir que el Hijo de Dios encarnado fuese mas que él adorado y estimado, vino á ofender tan gravemente á su Criador; asimesmo, como Tertuliano dice, como Dios hubiese criado todas las cosas y sujetádolas al hombre, que á

su imágen y semejanza habia criado, para que fuese dueño dellas, no lo pudo el demonio sufrir, y desta impaciencia nació el dolor, y deste nació la envidia, y desta se determinó á engañarle y tentarle; así que el engañarle nació de la envidia, y esta del dolor, el cual nació de la impaciencia; y así como Dios aborrece al demonio por haber engañado al hombre, induciéndole á pecar, así aborrece al instrumento con que se determinó. Y este fué el nacimiento y niñez deste perverso vicio, y no sabe este doctor decir cuál fué primero, la impaciencia ó la malicia del demonio; solo dice que se dieron las manos y se conjuraron de andar siempre juntas como ahora andan; y así han andado desde entonces, de suerte que ni se halla impaciencia sin pecado, ni pecado sin impaciencia; lo cual pusieron luego por obra, pues Eva, armada con la impaciencia y poco sufrimiento de callar lo que á la serpiente habia oido, antes aun que Adán le fuese marido (dice este doctor), quiere decir por consumacion del matrimonio, antes que debiese oírle, le hizo caer en tan gran pecado; y él, que por la impaciencia della habia caído, cayó también por la propia impaciencia y poco sufrimiento, así de guardar el mandamiento de Dios como de guardarse del engaño del enemigo. Y destes principios nacieron todos nuestros males y suyos, y echarle del paraíso y de la amistad de Dios, y condenarle á perpetuo trabajo y á las penalidades que todos ahora sufrimos. Luego nació Cain con la impaciencia heredada, que con el linaje de los hombres se iba criando por arte y astucia del demonio; mató á su hermano, no pudiendo ó no queriendo sufrir que las ofrendas de Abel fuesen recibidas y aceptas á Dios, y no las suyas. Y así como esta mala semilla fué causa del homicidio, lo fué de allí adelante de todos los pecados que se han hecho contra Dios. Del homicidio dicho está, de la ira también se entiende, que, ora nazca de avaricia, ora de aborrecimiento, ora de otra cualquier raíz, á la impaciencia se reduce, con que no podeis sufrir que os tome nadie vuestra hacienda, ó el impulso de la avaricia, que os manda tomar la ajena. El adúltero, por no sufrir la castidad, y si esta vende alguna mujer, esta es la que peca, por no sufrir la falta de aquella torpe ganancia. En suma, todos los pecados nacen y se acompañan con esta mala madre, como todas las virtudes con la paciencia, por traer ellas consigo trabajo y dificultad, que la paciencia abraza y vence, y la impaciencia huye y aborrece; y así, se ofende la virtud y el Señor della. Andando los tiempos, todos los pecados del pueblo de Israel nacian de impaciencia; cuando, olvidado de aquella soberana merced, en que fué librado de la sujecion y servidumbre de Egipto y de otras muchas, pidió con tanta instancia que Aaron le hiciese dioses que le guiasen, dando de buena gana las joyas de sus mujeres, solo por no poder sufrir la breve tardanza que Moisés hacia en el monte, negociando con Dios sus negocios dellos. Pues al caer del maná, al agua de la piedra, desconfian de Dios y no le sufren tres días de sed, como el Señor se lo reprehende allí, y así en lo demás. Y el poner las manos en los profetas fué de impaciencia de oírlos, y el ponerlas en el mismo Dios fué de la que tuvieron de verle y oírle. Y así son los pecados que ahora se cometen si bien los